

El Panorama.

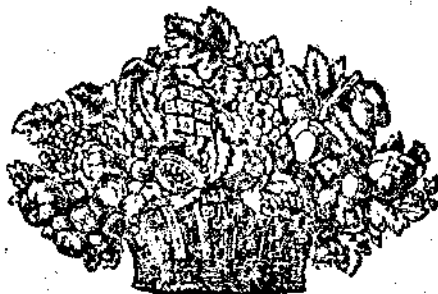
PERIODICO

DE LITERATURA Y ARTES.

— 181 0 361 —

Tomo primero. Entrega 5.ª

— 181 0 361 —



MADRID 26 DE ABRIL DE 1838.

Imprenta de don Narciso Sanchiz, calle de Jardines, núm. 36.

PANORAMA.



J. HAYDN.



HAYDN.



uchos han sido los hombres que en el siglo pasado se han distinguido por su talento, pero en medio de esa multitud descuellan genios privilegiados, que parecen haber arrancado una chispa del fuego que tan caro costó á Prometeo: el célebre Haydn es uno de ellos. Su genio solamente le elevó al pináculo de la gloria!

Un humilde nacimiento y el precario producto de un oficio, no son los medios de hacer subir de un salto á un simple hijo de un carretero la inmensa escala de las gerarquias sociales. Haydn, el célebre Haydn, tuvo por padre á un carretero... esta sola circunstancia es suficiente para hacernos conocer cuan real debe ser el mérito que inmortaliza un nombre tan desprovisto por su origen de recomendacion.

Efectivamente, su genio creador le ha hecho apellidar el primer compositor del siglo XVIII; y no sabemos realmente que sea mas de admirar en él, si su gran profundidad ó su prodigiosa fecundidad.

Un mezquino pueblo de las fronteras de Austria y Hungría llamado Rohrau, sacó su nombre de la obscuridad con la casual circunstancia de haber sido la cuna del inmortal Haydn. Este grande artista nació el 31 de marzo de 1732, aunque no falta quien asegure haber sido en el anterior de 1730.

Su padre mísero carretero, como he-

mos indicado antes, ó mejor dicho fabricante de carretas, no estaba en estado de dar al niño Sepperl (que tal es el diminutivo de José en el dialecto de aquel pais) una educacion capaz de desarrollar el talento que estaba entonces y tal vez lo hubiera estado toda la vida, oculto en el cerebro del futuro maestro; pero la casualidad, que tantas veces sale al socorro de los grandes ingenios, favoreció igualmente á este.

Su padre tocaba una especie de harpa rústica, con la cual acompañaba las canciones de su muger: esto bastó para despertar la aficion del niño y hacerle tomar parte en aquellos conciertos con un violín de su hechura, compuesto de una tablilla y una varita. Este instrumento que seguramente estaba muy distante de producir los maravillosos efectos que el de Paganini, fué, sin embargo, suficiente para hacer notar al maestro de escuela del pueblo el oido músico del niño y hacerse-lo pedir á su padre en calidad de discípulo: este primer paso le condujo al templo de la gloria. Dos años despues el dean de Haimbourg le proporcionó la entrada en la capilla de S. Esteban, en Viena, por medio de su amigo Reiter, director de ella. Los progresos del niño fueron tan rápidos, que apenas tenia diez años cuando ya componia trozos para seis y ocho voces: "¡ah, decia despues riéndose, yo creia entonces, que cuanto mayor era la cantidad de tinta con que tenía el papel mejor habia de ser la composicion!"

El cambio de voz que sobrevino en la edad oportuna le obligó á salir de la catedral. Haydn se vió abandonado á sus propios recursos, cuando apenas habia po-

didó preveer las penalidades que le sufrían en su carrera de artista. Una guardilla, poco alumbrada por una claravoya, era su asilo, y todo su abrigo, en medio de los mas crudos frios, la cama en que se veía obligado á meterse de dia por falta de lumbre. Si solicitaba discípulos, su aspecto miserable se los alejaba, su desesperacion hubiera llegado al extremo sin un antiguo amigo que conservaba su clavicordio..... mueble, que apenas podia sostenerse sobre sus mal seguros apoyos.

Un rayo de luz brilló, al fin, para el desgraciado Haydn: otra casualidad le hizo conocer á la señorita Martínez, y esta, en cambio de sus lecciones, le dió alojamiento y comida: esta fué la época en que el primer poeta lírico del siglo y el mejor compositor se encontraron reunidos bajo un mismo techo. El célebre Metastasio vivía en un cuarto de la misma casa: sin embargo, esta proximidad no produjo todo el bien que hubiera podido producir, porque la diferencia de posición social alejaba al uno del otro: Metastasio, rico, lleno de honores y colmado de favores, apenas se dignaba dar algun consejo al desgraciado y menesteroso Haydn; su gloria dormía aun!

La fortuna mas severa no se contentó con esto, le privó tambien del apoyo de su bienhechora y el misero artista se vió nuevamente sumergido en un piélago de miseria. Retirado al barrio de Leopoldstad, un peluquero le socorrió, y esta circunstancia le causó su mayor desgracia, porque habiéndose aficionado á una de las hijas de este hombre, se casó con la muger que, por su mal carácter, emponzoñó despues la existencia del compositor.

Haydn procuraba con su actividad suplir lo mezquino de los honorarios que recibía por su trabajo: á las ocho de la mañana estaba delante del facistol de los hermanos de la Merced, á las diez tocaba el órgano, en la capilla del conde de Haugwitz, á las once cantaba en la misa mayor de la catedral y apesar de esta conti-

nua fatiga, no obtenia por toda retribucion mas que diez y siete breuters (como veinte y cuatro cuartos diarios.)

El conocimiento, que hizo despues con Popora y con el principe Esterhazy, mejoró su situacion; el primero le dió consejos, el segundo protección. Esta mejora, hizo notar en él una singularidad que le era comun con Busón: uno y otro se hacian vestir con el mayor esmero, antes de emprender ningun trabajo mental.

Asi pasó este célebre compositor cerca de treinta años, produciendo á centenares las obras maestras, y sin embargo su reputacion estaba casi reducida á las estrechas paredes de la casa que habitaba. Sus viajes á Inglaterra le hicieron algo mas conocido; y él mismo solia decir, que *la Alemania le conocia por las noticias que daba de él aquella nacion*. Su modestia era igual á su mérito: siempre habló de Mozart con aquella veneracion con que hubiera podido hacerlo de un maestro, y cuando se le convidó para que asistiese á la representacion de la *Clemenza di Tito*, de aquel autor, dispuesta en Praga para la coronacion de Leopoldo II respondió: "*no, no, cuando Mozart se presenta, Haydn debe ocultarse.*"

No podria comprenderse en los limites de un artículo el analisis de sus obras: cada una por sí seria mas que suficiente para hacer la reputacion de un hombre; todas juntas inmortalizan al autor! Ocho-cientas ochenta y dos producciones nos ha dejado y tal es su mérito que hace parecer corto su número. Entre estas se cuentan, ciento diez y ocho grandes *Sinfonias*, cuyo maravilloso efecto solo se puede conocer, cuando son ejecutadas con todo el aparato musical para que fueron escritas: el esfuerzo que se emplea comunmente en designarlas en nuestros teatros, no es bastante á hacerles perder su mérito. Creemos mas: que ni antes, ni despues de Haydn haya habido una sola obra en ese género, que puede entrar en competencia con ellas.

Poseemos igualmente de tan célebre maes-

tro catorce óperas italianas, entre las cuales se distingue la *Armida*: su incontestable mérito la hace conservar un lugar preferente entre las producciones líricas, á pesar de la trasmutación que ha hecho sufrir á esta clase de composiciones la nueva escuela.

Sin embargo, es menester confesar que hay otro género en que Haydn nos ha hecho sentir mas su superioridad. La música sagrada, aquella en que su inspiración, movida por la sublimidad del objeto le arrebatava; ; nada hay tan bello, nada hay que llegue mas al corazón! Música que sin letra habla, sonidos insignificantes para el ser en quien estan embotadas las facultades del alma, pero que cada uno de ellos equivale á una *creación* entera para el filósofo pensador.

Nada creemos superior á sus oratorios, y el autor parece escederse á sí propio en sus mismas producciones. Tan completo era su triunfo que pocos dias antes de morir, hubo que sacarle desmayado del lugar donde se ejecutaba el mejor de ellos, y tal vez de todas sus obras; una triple orquestá hacia resaltar mas el mérito de la famosa *Creacion*. El dia 31 de mayo del año de 1809 se apagó, en Viena, la estrella que habia lucido hasta entonces sin rival. ;Otras glorias se han alzado sobre su tumba, á la posteridad toca juzgar!!

El príncipe Esterbazy, su protector, honró sus cenizas en el siguiente año, haciendo celebrar magníficas exequias en su memoria.

F. F. DE C.

Los tres Genios.

Era una tarde de primavera en que la frescura del aire anunciaba una fuerte tempestad. Se hallaba el primer médico del célebre hospital de santa Cruz de Lisboa solo en su cuarto, sentado, apoyado el codo sobre la mesa donde estudiaba de continuo. Pasábase con frecuencia la mano sobre la frente, interin ocupaba la otra en trazar sobre el papel los conceptos que salian de esta frente llena de fuego, de vida, de entusiasmo. Muy luego dejó la pluma sobre la mesa, se levantó, recorrió á grandes pasos el aposento, habló solo, y las entonaciones de su voz indicaron que media el ritmo de la poesia latina.

El médico del hospital era poeta! Poeta el hombre que dia y noche escuchaba los lastimeros gemidos de la humanidad doliente, poeta el hombre que habitaba la mansión de los dolores de la miseria y de la muerte! Que poeta halló jamas sus inspiraciones en semejante lugar!

Su voz, al hablar el language de Tibulo y de Horacio, tenia una melodía que encantaba el oído, la dulzura de su sonrisa, la espresion agradable de su semblante demostraban mas que un hombre consagrado al arte de curar y condenado á vivir por interes en un hospital, un filósofo de caridad ardiente consagrado al alivio de sus semejantes por conviccion, por sacrificio, por entusiasmo. En efecto, quién mas entusiasta que un poeta! El poeta sin hiel, sin odio, aislado en los espacios imaginarios, sin mancha de sangre y exento de iniquidad!

Alfonso Pereira se habia levantado de la silla para encontrar la medida exacta de un verso, en que formulaba su pensamiento. Encuentra al fin la medida, se vuelve á sentar para consignar el verso sobre el papel, sus miradas indicaban la satisfacción del poeta cuando, terminada su obra, la admira él mismo y se recrea

en ella. Su vista se fija en la única ventana de su aposento, y al través de los verdes vidrios mira al cielo. Tal vez aguardaba una nueva inspiración que diese más animación á sus versos, cuando un relámpago deslumbra sus ojos, el rayo cruzó ante su vista, un prolongado y terrible trueno conmovió la estancia, repitiéndose en el espacio de tres minutos de intervalo aumentando y disminuyendo progresivamente su intonación.

En este momento una joven bella como el primer recuerdo de amor, con un vestido blanco flotante, asustada sin poder respirar apenas, entró aceleradamente, se precipita á los pies de un alto crucifijo que figuraba en el número de los adornos de la estancia del médico poeta.

El sudor bañaba su rostro, y palpita-ba agitadamente su corazón, cruzadas sus manos dijo con voz entrecortada.

—Dios mío! tened piedad de mí. Yo no quiero apartarme de vuestra ley santa, no me mateis, Dios mío. Vuestra mano que dirige las tempestades, vuestra mano puede apartar de nosotros la que truena sobre nuestras cabezas.

Pero los truenos redoblaban, el fuego de los relámpagos iluminaba la estancia y el silvido del viento y los bramidos del mar alborotado parecían anunciar el último día de los habitantes de Lisboa. El poeta contemplaba en silencio y sereno el desorden de los elementos, admiraba el espectáculo sublime é imponente de la tempestad.

La joven María, su sobrina, huérfana, educada en un convento, rodeó con sus brazos la cruz del Cristo, y en su terror parecía á los primeros mártires que, condenados á muerte por un decreto imperial, se asian al signo santo de la redención, cuando los satélites de Neron venían á buscarlos hasta en las catacumbas para conducirlos al anfiteatro.

Pereyra en vano intentó tranquilizar á su sobrina haciéndola entender que la tempestad era un efecto natural del estado de

la atmósfera, y no un castigo de Dios. La joven educada en los principios exagerados del fanatismo religioso, creía ver y oír en cada trueno la sentencia del cielo, en cada rayo el ministro de sus venganzas. Era la vez primera que cediendo á las amorosas instancias del conde Enriquez, hidalgo á la par del rey y grande de Portugal le había dado una cita para aquella noche. He aquí esplicados sus temores, el combate del amor y del deber, de la religión y las pasiones. A punto estuvo de descubrir su falta á su tío, pero la tempestad comenzó á disminuir y con ella la angustia de su corazón.

Fijó su vista en la ventana, y al través de la vidriera vió brillar el sol detrás de la última nube alejada por el viento. El cielo volvió á tomar un color azul y trasparente, cesó de caer la lluvia, y solo se oía el rumor lejano de la tempestad.

La fisonomía de María se calmó enteramente, é iba á dirigir la palabra á su tío que había vuelto á sentarse á repasar sus versos, cuando fuertes golpes dados á la puerta de la habitación sacaron á ambos de su distracción.

Entró el que llamaba que era un joven tímido, pobremente vestido, caladas sus ropas de agua, y quedabaja del brazo traía unos lienzos enrollados que depositó sobre la mesa del poeta.

—Porqué habeis venido con una tarde tan mala? Puntual habeis sido en extremo, aun tenemos dos dias para disponer la fiesta de la santa Cruz. El gobernador de este reino en nombre del rey de España, los consejos, la nobleza toda quieren asistir á ella. Hoy es el día 1.º de mayo, y en verdad que como director de este hospital ni sé donde tengo la cabeza. Si á cuantos he encargado obra fuesen tan puntuales como vos.... en fin veamos....

El joven desarrolló los lienzos que eran unos estandartes que debían servir en la próxima fiesta. El director los contemplaba y decía de cuando en cuando: bien... muy bien, admirables cabezas las de aquellos án-

geles, esos contornos son delicados, hay animacion en el color... verdad en la expresion, en lugar de los tres ducados en que estan ajustados tomad veinte, y al mismo tiempo sacó el dinero, que el joven lleno de modestia reusaba tomar.

—Tomadlo amigo, y continuad estudiando: hareis fortuna os lo presagio, yo soy algo inteligente, aqui hay genio, dijo dando una palmada sobre los pintados lienzos.

El joven se sonrojó y guardó sus veinte ducados.

—Aplicacion hijo, y no limitarse á ser solo un simple pintor. La lengua latina y griega son indispensables para apreader los mejores poetas de la antigüedad. El poeta es el guia del pintor. La pintura es un género de poesia.

—He sido mejor educado que lo que á primera vista ofrece la pobreza de mis vestidos. He estudiado latin....

—Habeis estudiado latin!.... Bravo!.... cuanto me alegro, exclamó el poeta, enagenado de encontrar uno á quien leer la recien acabada composicion. Tomad y entregó el papel al joven.

Leyó este para sí y exclamó.

—Admirables exametros, y pentámetros llenos de fluidez, concision, nervio en los pensamientos y sabor á la antigüedad.

El director no cabia en sí de gozo al oír elogiar sus versos, se creia mas alto que la torre de la iglesia del hospital. Receló sin embargo si deberia tantas alabanzas á lo generosamente que habia pagado y dijo al joven.

—Y la traduccion?

—Aunque he nacido en España, y no poseo aun enteramente bien el idioma portuguez, vedla aquí.

Aquí en esta losa fria
Yace el despojo mortal
Del que fuera en la elegia
Del triste Ovidio rival,
Y en las gracias de Marcial.

A Horacio cuando suspira

Voluptuoso, imitó.
Cuando los héroes cantó,
Del gran Virgilio la lira
Con igual gloria pulsó.

Bardo, y guerrero doncel
Supo el quinado estandarte
Tremolar en la India fiel,
Y Apolo y el fiero Marte
Le ciñeron su laurel.

Con la pluma y con la espada
Hizo grande á Portugal,
Y el nuevo Ovidio y Marcial
Falleció pobre, sin nada,
En este santo hospital.

—Bien, hijo! muy bien: no adivinas para quien es este epitafio?

—Para LUIS CAMOENS.

—Si... quien me hubiera dicho que un pobre moribundo á quien yo asistí en su última hora en este hospital, seria el mas bello ornamento de Portugal.

—Habeis recibido el último suspiro de Camoens, respondió el joven pintor lleno de entusiasmo, pintadme la expresion de su rostro, referidme sus últimas palabras.

—Una tarde mi sobrina, esta joven que veis, y yo recorriamos segun nuestra piadosa costumbre las inmensas salas del hospital de santa Cruz de que soy director y médico hace muchos años. Junto al cada-ver de un infeliz que acababa de espirar ví un hombre de una fisonomia dulce y resignada. En la mesilla que tenia á la inmediacion de la cama habia diversos libros manuscritos al parecer cubiertos de un viejo y arrugado pergamino. Esto llamó mi atencion, llegueme al lecho del infeliz que con sus desfallecidas manos apretaba un pequeño crucifijo, que de cuando en cuando llegaba á sus convulsos labios, oyéndole murmurar en latin algunas palabras de los salmos de las que pude percibir aquellas sublimes de David.

Domine noli intrare in iudicium cum servo tuo.

No entreis en juicio, señor, con vuestro siervo.

Dirijíle algunas palabras de consuelo, que reanimaron su espíritu momentaneamente, y le hicieron abrir los casi oscurecidos ojos. El desgraciado tocaba á su última hora.

—Quereis hacerme un favor me dijo, quereis cumplir la última voluntad de un moribundo?

—Hablad; religiosamente haré lo que me dicteis; un hijo no observará mas fielmente los preceptos de su padre espresados al borde de su tumba.

—Escuchad, y vos tambien interesante joven que venis á la cabecera del lecho de un moribundo, como el angel del señor para recibir su último suspiro. Esos libros que veis sobre esa mesa, esos papeles que hay debajo de mi almohada es cuanto poseo sobre la tierra. Para salvarlos he luchado dos dias contra el furor de los elementos, náufrago recogido á bordo de una barquilla, me he lanzado al mar para recogerlos.. En escribirlos he gastado la vida entera, he renunciado á los placeres, al descanso, á la fortuna. Juradme que los arrojareis al fuego. Sorprendido de esta relacion interesante titubeé un momento, y el moribundo agitándose convulsivamente gritaba cuanto le permitia su debilidad, fuego! traed fuego, un brasero! ó muero maldiciéndoos y en la desesperacion. Vos ángel de inocencia, decia despues volviéndose con el mayor dolor á mi sobrina Maria que postrada á los pies de la cama besaba su descarnada y pálida mano para tranquilizarle, *Vos, angel mio, no hagáis que se pierda mi alma de desesperacion. Seriais responsable á Dios de mis últimos momentos.*

Mi sobrina se levantó al ver su allicion, acercó el gran brasero que habia enmedio de la sala del hospital, para conservar el calor de algunos medicamentos y brillando por un momento con triste complacencia los ojos del moribundo, arrojó los libros y una multitud de papeles al bra-

sero. Se levantó una llama inmediatamente y á pocos minutos volaban al rededor de la cama negras pavesas. Yo os bendigo! nos dijo, despues tendiéndonos á cada uno de nosotros sus manos, yo os bendigo, y las bendiciones del moribundo son siempre confirmadas por el cielo. Habeis aliviado mi frente de un enorme peso. Yo he ambicionado una corona, cuánto he trabajado para colocarla sobre mi frente! cuántas veces la he maldecido. El genio! Ah! el genio es un don maldito del cielo! Feliz el hombre que nace, que vive, y que muere en la oscuridad!

—Quien sois que asi maldecis el genio que inmortaliza los hombres, quien sois...

Una sonrisa sardónica, histérica, la última risa que precede á la muerte asomó á sus descoloridos labios, puso los ojos en blanco, murmuró de un modo ininteligible una palabra y murió....

Nos retiramos llenos de un religioso terror, al dia siguiente quise volver á ver el cuerpo del hombre extraordinario que tanto me habia conmovido la noche antes, y ya le habian arrojado al foso comun con otros cadaveres. Solo me enseñaron algunos pedazos de papel que habian quedado debajo de la cabecera del lecho entre los que encuentre un soneto italiano firmado por TORCUATO TASSO, y dedicado á Luis CAMOENS.

—Hizo bien, esclamó el joven pintor, hizo bien por vida mia. Reusó la herencia de sus poesias á su ingrata patria. Maldijo el genio, y con razon; tener genio es condenarse á la miseria, al hambre, al desprecio, á un continuo sufrir durante la vida. He ahí la suerte que me aguarda, y la que sin embargo tanto anhelo. Maldito genio!...

El joven con desesperada tristeza salió del cuarto sin saludar al médico y su sobrina.

Ya bajaba la escalera cuando este desde la puerta del cuarto le gritó.

—Ola, muchacho, no me habeis dicho vuestro nombre y tal vez puede que tenga

EL PANORAMA.



Vos, Angel mio, no hagais se pierda mi alma de desesperacion, seriais responsable á Dios de mis últimos momentos.....

(LOS TRES GENIOS).

que mandaros hacer algunas otras pinturas.

Me llamo ANDRÉS ZURBARAN, respondió ya el joven desde la puerta de la calle.

Aquella misma noche, al dar las doce con sonoro y tardo compas el reloj de la torre del hospital, tres hombres con sus espadas acometieron á un joven que defendía vigorosamente con un puñal á una joven doncella que intentaban robar aquellos. Uno de los raptos cayó en el suelo, los otros dos huyeron precipitadamente, la joven entró por la puerta secreta al hospital.

A la mañana siguiente la justicia hacia esquisitas averiguaciones para indagar el matador de don Alonso Henriquez, grande de Portugal y fidalgo á par del rey, la joven Maria estaba llorosa, y permaneció muchos años en la mayor melancolia, y habia desaparecido de Lisboa un pintor pobre, mal vestido que ganaba su vida pintando estandartes, armas reales, y muestras para las tiendas. Este pintor era ZURBARAN, que despues llegó á ser el Miguel Angel de España.

Trece años despues vinieron una tarde á llamar al médico director del hospital con mucha urgencia porque uno de los enfermos moribundos queria hablarle. El médico Pereira, cuyo corazon ardía en deseos de ser útil á sus semejantes, dejó á su sobrina Maria en su cuarto, y se dirigió á las salas del hospital. En una de las camas se hallaba un hombre joven aun, pero cuyo rostro habian marchitado mas que el tiempo las desgracias. Sus ojos hundidos, sus páldas y salientes mejillas y algunas canas que cubrian su arrugada y ancha frente le impidieron reconocerle desde luego.

Sonrióse con amargura al ver al médico, tendiéndole su descarnada mano y saludándole por su nombre.

—No os conozco, no hago memoria de haberos visto nunca, dijo el director.

—No os acordais ya de aquel joven pintor de los estandartes de este santo hospi-

tal á quien leisteis el epitafio latino de Camoens.

—Mi amigo! mi bienhechor! el salvador del honor, de la vida de mi Maria! Sin vos que hubiera sido de ella? Y sin ella que hubiera sido de mí? En que estado os vuelvo á ver! joven infeliz!

—Si, infeliz, y harto infeliz! he corrido tras del vano fantasma de la gloria toda mi vida y no la he alcanzado. Miradme pobre, desgraciado, muriendo en este asilo de miseria. La gloria vendrá despues de mi muerte, se sentará sobre mi tumba, esparcirá coronas sobre ella como sobre la del desgraciado Camoens...

Un sacerdote que seguido de un niño acólito iba distribuyendo el viático, y la santa unción á los moribundos llegó en este momento, escuchó las últimas palabras de ZURBARAN y dijo

—Este enfermo está delirando, se cree un genio como Camoens, pobre desgraciado!

El moribundo se incorporó sobre la cama al oír al sacerdote, hizo señal de que le diese el acólito uno de los carbones que ardian en el incensario; y con esta brasa y con mano firme trazó rápidamente sobre la pared una cabeza de un Cristo espirando, cabeza cuya sublime espresion pasmó y llenó de respeto á todos los espectadores.

Este esfuerzo agotó sus fuerzas, cayó sobre la cama, miró con dolor su último dibujo y volviendo desdeñosamente la espalda á los circunstantes, espiró.

—Pobre joven exclamó el director, lleno de dolor, cuanto le compadezco!

—; Compadecerle! replicó el acólito! compadecerle! cuando deja una fama, un nombre inmortal!...

—Calle! dijo muy de mal humor el sacerdote al acólito, silencio BARTOLOME MORILLO! Silencio y de rodillas!... Y se pusieron ambos á decirle la recomendacion del alma.

El piadoso director unió sus oraciones á las de la iglesia.

En Lisboa se enseña aun en el hospital de santa Cruz la sala donde murieron CAMOENS y ZURBARAN, se conserva como una preciosidad el dibujo que con mano moribunda trazó este último en la pared, en presencia del acólito BARTOLOME MURILLO,

natural de Pilas en la provincia de Sevilla, el autor del preciosísimo cuadro de la santa Isabel que envidian los estrangeros y admiramos en la academia de san Fernando de Madrid.

MUÑOZ MALDONADO.

Historia.

I.

Cuando España estaba dividida en pueblos cristianos y en pueblos mahometanos, la rica Córdoba, ciudad entonces principal de la Andalucía, eclipsaba el brillo de la corte oriental de los Califas, y daba á entender al mundo cuanto puede la ilustracion y el genio de un hombre sobre los destinos de aquellos que el acaso puso á su cuidado.

Aberraman III el grande, y el querido de Alá y de su profeta, imperaba en aquella ciudad; y ella, y el pueblo sometido á su dominacion formaban un contraste singular con las ciudades y lugares que profesaban la fe de Cristo; y de donde habia quedado proscripta para siempre. En los unos reinaban aun las usanzas de los godos, mezcladas con las crudas y agrestes de los Iberos que encerrados en la tierra cantábrica, sostuvieron continua rebelion con todos los que quisieron enseñorearse de su territorio. En los otros, aun brillaban las costumbres de los pueblos primitivos, tambien modeladas por la vieja civilizacion oriental ayudada de aquella viva imaginacion, de aquel atrevido pensar de la hija del desierto y de los habitantes de un clima abrasador.

Un tanto ya reposados de fatigas y quebrantos los caballeros cristianos respira-

ban el libre aire de las llanuras castellanas, empezando á mirar de mal talante el palenque árido y montañoso que admirara sus primeras proezas. A sentir empezábase tambien el rumor de confuso pueblo, que á gritos demandaria en breve no verter su sangre y sacrificar su vida por rey y patria si el rey no jurara primero sus fueros sostener, y con ellos la patria. Aparte artera y mañosa la aristocracia, amoldaba las costumbres de extrañas tierras y á gritos los ricos homes pregonaban su pujanza; haciendo consistir su independencia en los fitos de su espada y larga clientela de vasallos y ahijados educados con esmero en sus palacios; que tan bien supieran manejar en años posteriores el laud y la trova, como esgrimir las armas contra la morisca turba, ó con traicion y alevosia contra su rey.

El arco egipcio, y el chapitel afiligranado empezaban á labrarse para sustentar los pórticos de los monasterios; las catedrales de nombradía, las mitradas abadías y los palacios de los ricos señorones con sus puentes levadizos, sus almenas, y sus muros aportillados.

Ya tambien la gente de cogulla parecia elevarse sobre las otras clases, y con pretensiones á todo, salir del yeruno en que

primero la fijara su instituto, invadir las ciudades y los palacios, pelear por conquistar la tierra, y defender su pujanza y la de Roma con la espada y el anatema.

Ya por último, un grande acontecimiento se presagiaba, según los preliminares que la sociedad española apercibía; mudanza de situación que inmediatamente debía seguir al sistema de los godos ya imperfecto, y que impulsaban más que nada la necesidad del siglo. Se acercaba el siglo XII.

II.

En tanto que la escasez y á veces la miseria rodeaba el trono de los Alonsos y Ramiros; dado que sus esfuerzos, si bien prometían para el venidero gran ganancia á la corona real, por entonces no producían colmados frutos; por ser los lugares conquistados, pueblos, y aun enteras comarcas desprovistas aun de lo más necesario, los árabes andaluces no solamente nadaban en la abundancia; sino que su riqueza y poderío no tenía por entonces par en el mundo. La nación compuesta de partes diversas al mismo tiempo que vivificadoras, no era ya la que componiendo las huestes de Omar había quemado la biblioteca de los Tolomeos en Alejandria: no era tampoco aquel pueblo á quien confió Mahomet la propagación de su creencia y cifró la esperanza de conseguirlo en las puntas de sus cimitarras: era al contrario un pueblo poseidos del deseo del saber, y que buscaba para llegar á este objeto los medios todos que podían conducirle. Unidos los árabes primitivos; los árabes del desierto; aquellos que cuyas riquezas, y cuya propiedad se reducían á un caballo y una tienda; con los sirios sus vecinos y con los egipcios poseedores de antiguo de todas las ciencias, y trasplantados á los países de Andalucía, la semilla del saber que entre ellos andaba esparcida dió desde el principio colmados frutos. Con afán buscaban los libros griegos que de la general ruina habían podido escapar; y en versiones correctas los introducían en la Eu-

ropa, aumentando así el caudal escaso de conocimientos, propio de aquellos tiempos.

La sociedad árabe si bien se resentía un tanto de la división de clases que la conquista había obrado; no eran sin embargo tan pronunciadas las diferencias como en los pueblos cristianos; ni los santones y doctores de su ley tenían tampoco aquel prestigio y poder que los de su clase alcanzaron en los países que dominaba la fé de Cristo; pues hasta la religión, y sus ministros estaban sujetos al Califa; y la unidad del imperio en la ley y en la nación era el idolo á que todo buen musulmán sacrificaba hasta sus íntimas creencias.

Si estéril era el país de los cristianos, ameno delicioso el país de los árabes, si severo el pensar de los unos, agradable el de los otros, ligero y fugitivo. Allí la espada goda y armadura pesada de bronce duro sin pulimento, aquí armas templadas en Damasco, y empresas varias grabadas en el escudo. Allí guerra, aquí amor. En Leon y Asturias palacios ennegrecidos por el humo de los campamentos, aspilleras y torreones, y almenas; y entre ellas divisábase el guerrero centinela que observaba los aledaños y confines del imperio. En Cordoba y Sevilla alcázares regios trabajados con las más prolijas labores; púrpura y oro por do quiera, pebetes y zahumadores, esencias y perfumes; alfombras y alcatifas; deleite, solaz y contento.

En los jardines deliciosos de encantados palacios, bajo la sombra de naranjos y limoneros, que crecían al lado del sauce y del laurel; el amante ceñía su brazo con la rica presea de azul y oro que su amada tejiera, que le hiciera salir galante en las justas, pero que los celos despertara de un rival; y que la tumba á los dos cobijase después de cruda muerte, dada y recibida en fiera lid.

III.

Los arquitectos más célebres de Constantinopla, de Bagdad, de Tosthat, y de

Kairvan; y los artistas mas hábiles de la época se reunieron en Córdoba por orden de Abderraman. Este quiso, con una de las obras grandes que concibiera su genio, eclipsar á los contemporáneos, y vivir para siempre en la historia; llevó pues á cabo la construccion de un magnifico edificio en las afueras de Córdoba; casa de amor y placer para los tiempos ordinarios; especie de fortaleza mirada para defenderse de un ataque imprevisto de los suyos y huir el primer ímpetu de la plebe amotinada; casa de adoracion, y templo de amor dedicado á su esclava favorita Azahara.

Si nos empeñásemos en referir por menudo las maravillas que encerraba el palacio, y los encantados jardines que le rodeaban, quizá sin quererlo ofreceríamos á nuestros lectores un cuento de los mil y uno. Los techos de todo el edificio estaban sostenidos por cuatro mil trescientas doce columnas de mármol de diferentes colores, traídas de Africa, de Grecia, de España, y de Italia, eran todos de mosaico, así como el pavimento, y los tirantes y las vigas de madera de cedro prodigiosamente labradas; pero donde el arte habia agotado todos sus recursos era en el salon del Califa todo de marmol. El techo, y los muros tenian bajos relieves de oro; arabescos afiligranados; y multitud de perlas de las mas bellas de Oriente. En medio saltaba una transparente fuente, el mar era de un bello jaspé sanguineo de la sierra de Antquera; y á su rededor estaban agrupados doce animales de oro macizo vertiendo agua en el fondo de la fuente, que para imitar los nacimientos estaba sembrado de piedras preciosas de muchos colores.

Ademas del alcazar ó sea el palacio del Califa habia una multitud de habitaciones construidas con el mismo gusto y la misma magnificencia, de suerte que á aquel bellissimo grupo podia titularse la ciudad encantada. Tambien tenia sus mezquitas; sus minaretos, y desde los cuales el mutfi

llamaba una y otra vez al dia á la oracion á los fieles creyentes.

Los jardines que ceñian el contorno de esta deliciosa mansion no eran ni menos graciosos ni menos magníficos. La imaginacion oriental habia empleado toda su riqueza, y prodigaba todo lo que podia lisongear el espíritu mas ligero, y mas caprichoso; concurrendo la naturaleza y el arte á porfia para darles belleza. Bosques de mirtos, de laureles, de naranjos y olivos, dando una agradable sombra á prados sembrados de flores, embalsamaban el ambiente, y se perdian en los estanques y lagos que reflejaban millares de veces tantos encantos. Jardines reservados, separados unos de otros, servian de alvergue á animales raros traídos de las partes del mundo entonces conocido; animando los muchos pájaros con sus melodiosos cantares, y recreando la vista con sus pintados plumages de los que gozaban la dicha de pasear aquella celestial mansion.

En el centro, en una altura desde la cual se divisaba un lejano horizonte estaba construido el pabellon del Califa. En él reposaba Abderraman cuando venia fatigado del ejercicio de la caza: su construccion era fantástica por decirlo así y sostenido todo él por columnas de marmol con capiteles de oro. Los cielos y pavimentos labrados en mosaicos con oro, y sembrados de piedras finas. Habia una grande concha de pórfito en medio, depósito de una fuente de plata viva que siempre corria. Las puertas eran de ébano y de marfil; de tal suerte estaba todo dispuesto, que cuando los rayos del sol penetraban á lo interior, su resplandor reflejado por las paredes, era tan vivo, que era imposible fijar la vista por mucho tiempo. Cuando Abderraman queria sorprender á un huésped que no conocia las maravillas y los prodigios de Azahara; hacia una señal á sus domésticos y daban su movimiento á la plata viva encerrada en la concha; el resplandor del sol refle-

jado por la plata toda derretida, heria como el relámpago, y el pabellon parecia moverse y agitarse como un navio azotado por las olas en un mar tempestuoso.

IV.

Corria el año 338 de la egira, ó el 950 de la era cristiana; cuando en aquellos palacios encantados, morada venturosa de los placeres y de la belleza, tuvo lugar una escena harto comun desgraciadamente en la historia de los dominadores españoles. Rotas las treguas entre los estados cristianos y árabes á la muerte de Alfonso III llamado el grande; los encubiertos enojos de los principes cristianos hallaron en la guerra que entonces empezaron, motivos de desabogo, y de reciproca venganza. Por orden de Ordoño II, D. Garcias, caballero cristiano asaz valiente y emprendedor, fué á Cordoba á reclamar de Abderraman la presa que este habia hecho de seis ginetes castellanos que andaban de ronda en las inmediaciones de Magerit durante la tregua, y que á traicion habian sido cogidos por una partida de árabes berberiscos que tenia su canton en aquellos contornos. Recibió el Califa á D. Garcias en su palacio de Azahara con su bella favorita al lado, y desplegando todo el lujo y boato de la magnificencia oriental con sus numerosos servidores, su brillante guardia, y las muchas y aguerridas tropas que mantenia. Atónito quedó el caballero cristiano á la vista de aquel espectáculo para él tan nuevo, como quien no habia visto mas que la pobre aunque guerrera hueste del rey de Oviedo; su corte aun mas reducida, adornada tan solo de caballeros armados de punta en blanco; que variaban en el color de las plumas que cubrian el almete; ó bien cuando la vista topaba con alguno que otro que bajo las ennegrecidas armas sayal tosco de penitencia vestia; cogulla monaca de origen nuevo, ó capisayos morados, que todos entonces á la comun defensa acudian, sin que la irregularidad canónica, ni los anatemas de corte estrangera alcanzaran

para verter sangre, si era sangre enemiga de la fe cristiana.

Tambien llamó la atencion de D. Garcias, el ver á la sultana favorita sentada en el trono, y dar su parecer y consejo en los negocios arduos de estado, que hasta entonces las reinas ni en la monarquia goda, ni en la restauracion consumada se habia mostrado bien ajenas del gobierno de los pueblos, y á manos varoniles habia estado encomendado al gobernalle del estado; costumbre que varió en lo sucesivo en la monarquia castellana, y variacion que dió á la España muchos dias de gloria.

El embajador fijó una y otra vez los ojos en el bello rostro de la esclava; la esclava los fijó en la apostura y gentil talante del cristiano que aunque Abderraman era rey, Abderraman era ya viejo, y aunque en su corte habia donosos mancebos, vestidos á la musulmana, y hablando el guirigay árabe, no ofrecian la novedad que un cristiano venido de luengas tierras, grave en su hablar y en sus maneras, y por último por raro y único estimado como los pájaros venidos del Asia y África para adorno de sus jardines reservados.

Presentóse tambien don Garcias en guisa de cautivar á una que de roca fuera; el cabello tendido en luengos bucles á manera goda, armas finas y resplandecientes, negro penacho confundido con el cabello, veste ligera y corta, talle esbelto y gracioso, y cuando alzó la visera, y con voz mesurada en buen dialecto árabe dirigió al califa la arenga que le llevaba preparada, se captó la atencion toda del auditorio, y la bella mora sintió en su corazon el irresistible poderio del amor.

Salió don Garcias mal de su embajada, pues negado fué por Abderraman cuanto el cristiano rey pedia, y cruda guerra publicóse en el alcazar, en la mezquita, y en las puertas de Córdoba contra los estados de Ordoño. Oculto don Garcias en la capital del imperio pretesto dió á los historiadores árabes para tratarlo de caballero cobarde, en quien el imperio del amor ha-

bia sido mas poderoso para quedar en el ocio y la molicie que el amor de su patria y los juramentos y empeños que á ella le ligaban, como caballero que era armado con toda ceremonia por el mismo Alfonso el Grande. Pero á lo que ha podido traslucirse si bien el amor de la mora influyó en el ánimo del guerrero leonés, no se llevó este por objeto disfrutar los placeres que le ofreciera una ocasion tan favorable, sino aprovechar esta para fines mas altos, vengándose á su sabor del califa, del pueblo infiel, y preparando el triunfo á las armas cristianas.

En Córdoba se susurraba que un musulman, cristiano renegado, era admitido por Azahara en el alcazar, y con el holgaba conversar, como instruido en las ciencias egipcias, de que Abderraman hacia mucho caso; la malicia sospechaba ya otra cosa de tan menudas visitas, y los mas audaces á voces propalaban la liviandad de la esclava Azahara y su ingratitud con Abderraman; lo que eran sospechas al principio llegó á ser ya realidad despues, y los enamorados supieron hacer tantas locuras que el ojo menos perspicaz en Córdoba pudiese estar al cabo de sus amores; de suerte que, como suele acontecer, Abderraman era el único que lo ignoraba.

A veces se habian visto bultos negros y sombras vagas por los jardines; otras veces iluminarse vió de pronto el pabellon del califa. La gente baja, la turba musulmana dada á zahorios y embelecos veia fantasmas y maravillas ocultas que mas pronto ó mas tarde habian de acabar con aquel prodigio del arte, y transformarlo en un lago ó en un desierto. Pero la gente habil, y mas que entonces los doctores y sabios del mundo residian en Córdoba, solo veian en aquello los devaneos de Azahara. No andaban en esto muy acertados, ó por mejor decir, solo presentian una parte de la historia, pero otra de muchas mas consecuencias, y de gran riesgo para Abderraman, mezclada andaba con la primera á punto de no ser los amores de don

Garcia con Azahara mas que un episodio de la verdadera historia, que era una rebelion de la que fué gefe y primer autor el embajador leonés.

Abderraman siguiendo la costumbre de sus predecesores habia elegido por Wali Aladi, heredero de la corona, á su hijo El-Alhahen; pero tenia otro hijo llamado Aboallah querido del pueblo y estimado en mucho por su saber, y liberalidad. Medio fue este que se creyó por don Garcia el mejor para poner en convulsion el imperio musulman, al que hacia cada dia mas poderoso la paz y tranquilidad que disfrutaba. Avistóse con los parciales del principe y les hizo ver la injusticia que se habia cometido despojando de la corona al que tan amado era de los creyentes presentándoles el ejemplo del primer Abderraman fundador del imperio onmiada, que postergando á sus dos hijos mayores, y dando la corona al tercero Hescham habia asi atendido mas la capacidad que la primogenitura.

Muchas reuniones tubieron los conjurados en el palacio de Mervan, centro entonces de las ciencias y la civilizacion de España, y por último señalaron dia y hora en que enarbolado el estandarte de la rebelion se diese fin al proyecto; señalóse para las doce de la noche inmediata en los jardines de Azara, como punto el mas á propósito por estar cercano de los arrabales de Cordoba donde residian los parciales y amigos del principe.

Esto ya asi, y todo preparado don Garcia como de costumbre salió á gozar de las delicias del amor con la bella esclava en el pabellon del califa, y á esperar la hora en que debia ponerse á la cabeza de un grupo amotinado; pero la providencia velaba en favor de Abderraman; los devaneos de la esclava eran tan públicos que en aquella misma noche el califa habia recibido avisos de lo mal correspondido de su amor; y quiso cerciorarse por sí mismo de la falsedad de su favorita. A Azahara marchó por un camino subterra-

néo que desde su palacio de Cordoba allá conducia; rumor vago oyó en los jardines, antes de llegar al pabellon, y por medio de los secretos acústicos que poseian los árabes, y de los cuales nos han dejado vestigios los edificios que aun de ellos nos restan; pudo enterarse de otra cosa bien distinta de la que en mientes traia; pues solo temia los disfavores de una débil muger, y descubrió la malquerencia de uno de sus hijos, y los cómplices todos de una rebelion que hubieran acabado con el imperio despues de acabar con la vida del que lo mandaba. A Cordoba marchó por el mismo sendero, á la cabeza de su guardia puso á su hijo mayor; y con ella cercó los contornos de Azahara; estrechados los sitiados, á manera de fieras en ojeo de monteria, todos se rindieron á discrecion. El Emir hizo cortar la cabeza

de todos ellos en los mismos jardines de Azahara; don Garcias espiró en el pabellon del califa; solo pudo salvarse del furor de Abderraman, su hijo que á los ruegos de su hermano, y de las gentes de valia fue perdonado; en atencion á su edad y á sus buenas prendas.

De luto y llanto cubrióse la ciudad de Cordoba, por ser los conjurados hombres de calidad y nombre; y el palacio de Azahara y sus maravillas miradas con horror por la gente culta; y con pavor por el sencillo pueblo que creia ver todas las noches vagar sombras por sus desiertas alamedas, y oir ruido de combatientes, y agitarse la estatua de la esclava hermosa, pidiendo venganza á los cielos de la muerte dada á su querido don Garcias.

¡ A. BENAVIDES.

El dos de enero en Grauada.

En la bella Andalucia
 Donde ostentaron sus galas,
 Con oriental opulencia
 Los hijos de Agar y Sara,
 Descuella entre pardas nubes
 Al lado de unas montañas,
 Monumento tan antiguo
 Que apenas su edad aguanta.
 Su pié besan presurosos
 Los arroyos y cascadas,
 Y tal vez por el respeto
 Que infunde mole tan alta
 Los árboles á porfia
 Le tienden sus enramadas
 Y con fragancia y colores
 Lo aromatizan y esmaltan.
 En los hombros colocado
 De esta torre veneranda,
 Se divisan las alturas
 Donde un suspiro de fama,
 Que por ser de un rey suspiro

Solo admiracion nos causa,
 Lanzó Boabdil de su pecho
 Porque de ella se alejaba,
 Que en aquel punto recuerda
 Su ventura y su desgracia.
 Desde esta torre soberbia
 En parte desmoronada,
 Que hace alarde todavia
 En sus moriscas palabras
 De no ser jamas vencida
 Por las legiones cristianas,
 La vista atónita admira
 Llanura asaz dilatada,
 Campo de mortal contienda,
 Vega sin igual lozana
 Para degollar cristianos
 Por los moros destinada.
 Desde allí logran los ojos
 Ver cada vez con mas ansia
 Una gigantesca sierra
 En todos tiempos nevada,

Y al Dauro, y Generalife
Retratándose en sus aguas.
Desde allí tocan las manos
La vigilante campana
Que por estar siempre en vela
La de la vela le llaman;
Y este monumento antiguo
Está en la hermosa Granada,
Y esta torre misteriosa
Es la torre de la Alhambra.

II.

El rey moro en su aposento
Diz que estaban descansando
Con Aliatar y otros ciento,
Sin temer contrario intento
Del católico Fernando.
De los allanges morunos
Tan vivo esplendor lucía,
Que su brillo competía
Segun nos cuentan algunos
Con el sol que hizo aquel día.
Vistoso estaba el Alhambra
Con tanto arrogante moro
Que sin presentir su lloro
Quizá esperaba en la zambra
Cautivar mas su tesoro.
Y es fama que á aquella hora
Entre aromas y canciones,
Vacíabase á borbotones
La blanca fuente sonora,
La de los doce Leones.
Allí con variados trages
Ostentaban sus follages
Gazules y Almoradies,
Y Gomeles y Zegries
Verdugos de Abencerrages.
Cuando el rey con sus cristianos
De no triunfar impaciente,
Arremetió de repente,
Y unos y otros á las manos
Llegaron, con furia ardiente.
Con indómita pujanza
La contienda es sostenida,
Que á la punta de su lanza
Cada cual pide venganza
Menospreciando la vida.

Trávase con la fiereza
De lucha desesperada;
Que aquí dan una lanzada,
Allí rueda una cabeza
De sus hombros destroncada.
El amigo al compañero
Vé morir sin remediallo:
Que aunque es ginete ligero,
Le ha cogido por entero
Al resbalar su caballo.
Al cabo de algunas horas
De sangre y de incertidumbre,
De las torres en la cumbre
Se fué eclipsando la lumbre
De las alabardas moras.
Que el rey con los de su bando
Al Alhambra iba subiendo
Y subía degollando:
La torre á palmos ganando
Do se estaban defendiendo.
Hasta que de allí á un momento
De la cruz fué enarbolado,
En el regio pavimento
El pendon, ensangrentado
Del asalto violento.

III.

De tanto arnés brillante y tanto moro,
De aquellos cides que lidiar supieron
Y su altivez intrépida vencieron:
De aquel alcazar que potente un día
De reyes trono, amedrentó al cristiano,
Un recuerdo, ay dolor! nos queda vano
Imagen de apagada fantasía.
Las altas torres que la infausta guerra
Les hizo edificar, yacen por tierra.
Tan solo tres quedaron
Para contar que ciento edificaron.
Las plazas espaciosas cuya arena
Con firme planta hollaban arrogantes
Cuando bajaban de velar la almena:
Las fuentes susurrantes
Que cercadas se vieron de turbantes:
Aquellas calles tanto pasadas
En coloquios de amores y miradas,
A la par que desiertas
De yerba están cubiertas.

Porque de tanta hermosa y de sus galas
 O tiempo destructor, piedad no hubiste
 Y de recuerdo triste
 Hoy el rigor nos colma de tus alas?
 Pero si el ansia que me agita es vana;
 Si tu mision se atiene
 A ser compas de la existencia humana,
 Y no puedes volver á nueva vida
 Ni la hispana grandeza
 Ni la oriental belleza
 Que por tu inllujo atroz fué destruida,
 Negar nunca podrás al pensamiento
 Mas atrevido y alto que tu esfera,
 Maldiga la impiedad de tu carrera
 Y con profundo dolorido acento
 Invoque de tus víctimas los nombres,
 Y ofrezca á su memoria
 Fiesta que ostente su invencible gloria:
 Que solo admiracion cabe en los hombres.

IV.

Desde aquel glorioso día
 Que al sacro nombre de patria
 Empuñando sus aceros
 Los fieles hijos de España,
 Con ignominia lanzaron
 A los moros de Granada,
 Suspiros de su agonía
 Colma al fin de su desgracia,
 Desde entonces su memoria
 Por escelencia bizarra
 Se festeja el mismo día
 En que fué reconquistada,
 De los pueblos de su vega

Las gentes suben y bajan,
 Y se atropellan y rien
 Y trisean en el Alhambra,
 Y pugnan tambien á veces
 Por tirar de la campana
 Que en el curso de la noche
 Repite sus campanadas,
 Para que en la vega sepan
 Cuando han de partir las aguas;
 Y á tañirla tambien corren
 Segun publica la fama
 Porque las doncellas juzgan
 Que si la tocan, se casan.
 Allí se ven entre el gozo
 Y la rústica algazara,
 Cuantas hermosas cobija
 El claro sol de Granada.
 Que si en otro tiempo moras
 Fueron las enamoradas,
 Hoy son flores españolas
 Las que aquel suelo engalanan.
 Todo es fiesta y alegría:
 Las fuentes corren ufanas:
 Uno admira este arabesco,
 A otro la torre le pasma,
 Y contemplativo y triste
 Alguno quizá no falta;
 Mas parece que ayer fué
 La victoria que decantan.
 Asi los hombres perecen:
 Asi los siglos se pasan,
 Y en tanto asi se celebra
 El dos de enero en Granada.

FRANCISCO GONZALEZ ELIPE.

ALBUM.

TEATROS. Segun hemos podido saber, principia este año cómico con bastante escasez de producciones originales. Sin embargo nos han informado de dos dramas que deben estar ya en poder de la empresa de teatros, primeras composiciones de jóvenes que se dedican á la difícil carrera dramática. Uno de ellos titulado *Adolfo*, escrito por don Fulgencio Benítez, cuenta ya con la aprobacion de distinguidos literatos y es muy probable se egecuta dentro de breve tiempo.

Contigo pan y cebolla, comedia del señor

Gorostiza, (don Eduardo). Se ha vuelto á poner en escena para la primera salida de la joven actriz Teodora Lamadrid, que despues de un año de ausencia ha vuelto á presentarse al público madrileño. La recomendacion de una linda figura, naturalidad en el decir y otras dotes que adornan á esta actriz la han proporcionado favorable acogida del público.

El Trovador, drama del Sr. García Gutierrez, tambien ha vuelto á representarse con motivo de la primera salida de la Sra. Espinosa encargada del papel de Gitana. Esta ac-

tría ha recibido del público favorable acogida, pero sería difícil poder formar un juicio exacto acerca de su mérito que no basta á garantizar la sola ejecución de este papel.

En el teatro del Principe se han hecho mejoras de consideración, siendo la mas esencial el haberlo pintado y hecho desaparecer la lobreguez tabernaria que lo caracterizaba y que aun conserva el de la Cruz. Con todo, siempre es laudable el celo de una empresa cuyas pérdidas son tan considerables.

Liceo artistico y literario. La última sesión de competencia verificada el jueves próximo pasado, ha sido brillantísima, tanto por la numerosa y escogida concurrencia, cuanto por el esmero con que las secciones de música y literatura contribuyeron á su esplendor. Entre otras cosas llamó la atención un coro de mugeres de Ipermestra, ópera del señor Saldoni, que fué cantado por varias de las señoras y señoritas que pertenecen á la sección de música, acompañadas al piano por el autor. El señor Zorrilla leyó un bellissimo romance de una tradicion popular, y tambien fué muy aplaudida una composicion poética del autor de los amantes de Teruel.

MODAS DE SEÑORAS.

Damos á nuestras lectoras una lámina con las mas recientes modas de la capital de Francia y del mundo elegante, tales cuales se han indicado últimamente en el celebrado Longchamp. Constante solo la caprichosa deidad en su inconstancia, no refina sin embargo tanto su coquetería que introduzca en el corte y formas esenciales de los trages una variedad que sería la plaga mas insoportable de padres y maridos. Por tanto el talle y mangas de los vestidos continúan, salvo los accidentes, siendo los mismos; pero el axioma

Per troppo variar natura é bella se aplica incesorable á los accesorios cuyas coquetas transformaciones se suceden con increíble rapidez. Nosotros los redactores del PANORAMA quisieramos en este momento pertenecer de todo punto al mundo *fashionable* y con el mayor gusto entraríamos en menudos detalles y detenidas esplicaciones, capaces de satisfacer al bello sexo de tal modo que fuese nuestro trabajo un cuadro completo y acabado del mas elegante paseo de Paris. Pero siendo imposible nuestro deseo y temiendo justamente que el *entrar de lleno en cuestion tan espinosa* y en la que somos absolutamente legos, nos haría incurrir en tales equivocaciones que desacreditarian nuestra *doctrina* y producirían mil *interpelaciones*, preferimos hacer aque-

llas indicaciones que se nos han comunicado de un modo oficial y terminante, principiando por las que sirven para esplicar la lámina.

El sombrero, de la figura que tiene en la mano un abanico, es de paja de arroz coronado de plumas y el chall de la misma, cuya forma indica por detras la otra figura sentada, de muselina bordada. Los otros dos sombreros son de telas transparentes. La manteleta de la tercera figura única cuya cara se vé, es de Pekin, color obscuro con cambiantes.

No crean por esto nuestras lectoras que deban ceñir sus adornos en un todo á nuestro figurin. En materia de chaes por ejemplo, existen en Paris tal indecision y tal duda cual si se tratase de la intervencion en España. Hay quien dice, y se cree que con grandes datos, que las manteletas negras guarnecidas de encajes durarán aun largo tiempo; pero otros, que tambien se suponen muy enterados y que citan en su apoyo el antedicho axioma, sostienen que la voga pertenecerá esclusivamente á los chaes de crespon de la China.

El material y forma de los sombreros es punto tambien muy controvertible y digno de meditarse con detenimiento por que los hechos y datos son actualmente en Paris en estremo variables. En cuanto á lo primero, sin embargo, parece fuera de duda que la paja de arroz llevará la palma en el verano proximo, y en cuanto á lo segundo, las flores que suelen ser inherentes como adorno de tal materia se adoptarán igualmente. El color respecto á los sombreros de tela que se llevan en la presente primavera es la de *Castor*.

Respecto á peinados y adornos para la cabeza se nota igualmente gran variedad. La historia se está actualmente explotando por los peluqueros, que arreglan el pelo de modo que los recuerdos y semejanzas han dado lugar á los peinados á lo *Sacerdotisa Druida*, á lo *Cleopatra*, á lo *Diána de Poitiers*, á lo *Maria de Anjou*, y á lo *Seignré*. Nuestras lectoras españolas nos dispensarán de que les demos á conocer particularmente estas célebres mugeres, de las que las tres últimas figuran en la historia de Francia. Los aristocráticos *bibis* han resucitado llenos de vida y adornan actualmente las mas elegantes cabezas, pero se calcula que el lujo y riqueza que requieren en lo restante de las personas que los llevan será un obstáculo para su propagacion y popularidad.

Tal es el resumen de lo mas interesante que actualmente se sabe en materia de modas de señoras. En el número correspondiente al mes que viene participaremos á nuestras lectoras la confirmacion ó desvanecimiento de tales noticias y todas las demas alteraciones que ocurran en tan importante materia.

Advertencia.

Los Sres. suscritores de las provincias cuyo abono concluye en fin de abril pasarán á renovar la suscripcion, si no quieren sufrir retraso en las entregas sucesivas.

NOTA.

Se admiten anuncios de obras literarias y objetos de artes, los que se insertarán en las cubiertas por un modico precio.

PUBLICACIONES.

Poesías de D. Mateo Martínez y Artabeitia.

Se hallan de venta á 12 rs. en la librería de Cuesta, frente á las Covachuelas.

El Cerco de Zamora, poema por el mismo autor.

Se vende igualmente en dicha librería de Cuesta á 2 rs. vn.

Este Periódico sale todos los Jueves.

El precio de suscripcion en Madrid es el de cuatro rs. mensuales, llevado á casa de los señores suscritores, 18 en las provincias, por un trimestre franco de porte, 34 por seis meses y 60 por un año.

Los números sueltos se espandan á dos rs. en los puntos de suscripcion en Madrid, que son los siguientes: librería de *Cuesta*, frente á las Covachuelas; estamperia de *Valle*, calle de Carretas, frente á la de Majaderitos; y en el almacén de *papel*, calle de la Concepcion Gerónima, esquina á la plazuela del mismo nombre.

PROVINCIAS. *Alcoy* Cabrera. *Algeciras* Grimaldi. *Alicante* Carratalá. *Almería* Santamaria. *Avila* Sastre Real. *Badajoz* viuda de Carrillo. *Barbastro* Laffita. *Barcelona* Piferrier. *Bilbao* Delmás. *Burgos* Arnaiz. *Cadiz* Hortal y compañía. *Cartagena* Benedicto. *Castellon de la Plana* Guierrez Otero. *Córdoba* Lopez Latorre. *Coruña* Perez. *Ferrol* Tajonera. *Gibraltar* R. L. Hepper. *Granada* Bida, y Linares. *Guadalajara* Ruiz. *Jaen* Orozco. *Leon* Miñon, y Paramio. *Logroño* Ruiz. *Lugo* Pujol. *Málaga* Carreras. *Orense* Gomez Pazos. *Oviedo* Longoria. *Palma* Guasp. *Pontevedra* señor administrador de loterías. *Reus* viuda de Angelon. *Ronda* Fernandez. *Salamanca* Blanco. *Santander* Riesgo. *Santiago* Rey Romero. *Sevilla* Hidalgo y compañía, y don Luis Manuel de la Pila. *Valencia* Lopez y en la administracion de correos. *Valladolid* Rodriguez, y Pastor. *Victoria* Flores. *Zaragoza* Yague. Y en las administraciones de correos de Arévalo, Barcelona, Buitrago, Cáceres, Ciudad Real, Perez de la Sierra, Huelva, Lérida, Murcia, Palencia, Santander, San Sebastian, Sevilla, Tarazon y Tuy.

NOTA. La redaccion está establecida calle del Príncipe núm. 13, cuarto entresuelo de la izquierda, adonde se dirigirán las reclamaciones y las cartas francas de porte.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
Editor responsable NARCISO SANCHEZ
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX